

LA GUERRA DE ESPAÑA EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Por MANUEL AZNAR

DESDE el monte Garabitas se iba por una carretera, entre las famosas encinas de la Casa de Campo, hasta el caserón cuartelero llamado «Casa de Fines Especiales». Antes había que salvar la «curva de la muerte». Después de las lluvias de un día de invierno, la curva solía convertirse en un fangal y los coches tenían que salvarla a motor callado, deslizándose sobre la arcilla. Silbaban muchas balas en aquel trozo del camino. La «Casa de Fines Especiales» era el comienzo de la última etapa para dar el salto hasta la Ciudad Universitaria. Por el camino cubierto se bajaba hasta la orilla del río: después venía la frágil pasarela, sin defensas, cruzada de fuegos enemigos.

—Aquí estuvo—explicaba un Alférez de Regulares de Totuán—el Teniente Coronel durante el asalto.

El Teniente Coronel era don Carlos Asensio, hoy Ministro del Ejército. Es lástima que un pintor de Historia no haya trasladado al lienzo aquellas escenas.

El Teniente Coronel Asensio, más manchego que castellano, con su traza quijotesca, huesudo y avellanado, encendida en fiebres la profunda mirada, estuvo, efectivamente allí, en las orillas del río Manzanares, mandando las prodigiosas tropas que brincaron desde la Casa de Campo a la Ciudad Universitaria. Un poco más atrás, en lo alto de Garabitas, vigilaban los prismáticos del General Varela. El General de las dos Laureadas había concentrado tres columnas para hendir uno de los cos-

tados de Madrid. ¡Tres columnas! Detrás de estas palabras aparece la realidad de unas fuerzas reducidas a la mínima expresión, extenuadas; Unidades que a fuerza de batallar y de triunfar tenían sus plantillas en los huesos.

Primera columna: es la de Asensio. Al Teniente Coronel se le ha ordenado: «Pasará usted el Manzanares entre el puente de la Carretera de Castilla y el Hipódromo de la Casa de Campo; inmediatamente conquistará la Escuela de Arquitectura, la Casa de Velázquez, el Hospital Clínico».

Segunda columna: la del Teniente Coronel Barrón. «Aguardará usted—se le dice—a que la columna número tres cruce el río; seguirá usted sus pasos y se extenderá hacia el Paseo de Rosales para llegar a la calle del Marqués de Urquijo».

Tercera columna: la manda el Teniente Coronel Delgado Serrano. «Una vez que la columna número uno se encuentre en la orilla izquierda del Manzanares y suba hacia la Escuela de Arquitectura, usted saltará también, franqueará la corriente entre el puente de la Carretera de Castilla y el de los Franceses, y al encontrarse al otro lado, se dirigirá resueltamente hacia la calle de Moret, donde ocupará el Cuartel del Infante, la Cárcel Modelo, las hondonadas y lomas del Parque del Oeste... Finalmente, se unirá con la columna número uno en la Plaza de la Moncloa».

El General Varela sabe que el empeño es difícil y las fuerzas muy escasas. Los soldados de aquella primera hora, cuyo recuerdo nos parece cosa de fábula y milagro, permitían intentarlo todo; pero, ¡quedaban ya tan pocos! ¡Había tales claros en las filas!

La orden es terminante. El Teniente Coronel Asensio iniciará el asalto. ¿Día? El 15 de noviembre de 1936. ¿Hora? Las seis de la mañana.

Casi toda la artillería disponible reúne sus fuegos sobre la Ciudad Universitaria y sobre las verdes laderas del Parque del Oeste. Apenas quiebran los primeros albores llega la avineción y descarga sus bombas. Entre los árboles brotan surtidores de

tierra y de escombros. Cuando la aviación se retira, el Teniente Coronel Asensio manda: —«¡ Adelante!»

En las tapias de la Casa de Campo, junto al río, se ha perforado el muro. Por allí se lanzan Regulares y Legionarios. Uno tras otro, los primeros valientes caen sangrientamente. Parece como si en la otra orilla, cada árbol, cada arbusto, se hubieran convertido en una ametralladora. La *columna número uno* está envuelta en fuego por todas partes. El primer asalto ha fracasado. Asensio sigue mandando: —«¡ Adelante!». Vuelve a rodar el pelotón de vanguardia desde la tapia hasta el río, que se enrojece de bravura. Los carros tropiezan con muchas dificultades. Un enlace del ala izquierda se acerca al Teniente Coronel: el enemigo está atacando por el lado del Hipódromo.

—¡ Dios mío! ¡ Que resistan!—contesta Asensio—. Que mueran sobre el terreno. No se puede retroceder ni un paso.

Vuelve la artillería a tronar con todas sus fuerzas. Aparece otra vez la aviación. Va mediando la tarde y pronto se echarán encima las sombras de la noche.

—Hay que pasar—decide el Teniente Coronel—con carros o sin ellos, muchos o pocos, bien o mal, hasta la Escuela de Arquitectura o hasta donde se pueda. ¡ Todas las ametralladoras de los carros dirigirán su fuego sobre el punto elegido para el paso! ¡ Que no quede un fusil enemigo en la orilla de enfrente!

La consigna se cumple. Son las cuatro. Los puestos avanzados observan que entre las frondas del Parque del Oeste y de la Dehesa de la Villa se mueven masas de soldados hacia el frente. Son las Brigadas Internacionales que llegan exactamente para cerrar la entrada a Madrid. Son muchos, y crecen continuamente. Un Batallón, otro, otro más, una Brigada, y así ininterrumpidamente hasta cubrir de uniformes y de armas el horizonte de la Ciudad Universitaria.

De pronto los ojos del jefe, brillantes de fiebre, contemplan un espectáculo indescriptible. Un Tabor de Regulares de Tetuán y una Bandera del Tercio se han lanzado al asalto. Los carros entran en el río. Alguno se queda allí averiado, pero su ame-

tralladora dispara sin cesar. ¡Ya! ¡Ahora están los soldados de España en la orilla izquierda! Se ven gorras bermejas de oficiales de Regulares al otro lado del Manzanares. Y gorros de la Legión. Loma arriba avanzan hacia la Escuela de Arquitectura. Aún hay luz suficiente para que Varela, desde su Puesto de Mando, vea cómo aparece en la Escuela una bandera española. ¡Qué hermosura! ¡Qué clamor de alegría en todo el frente! El propio Teniente Coronel Asensio está allí, en la posición más avanzada, donde ni siquiera la noche calmará la furia del combate.

Entre sombras pasan el río las demás Unidades de la columna. El aire está como asfestado de balas rojas. No hay en la zona de paso un metro de tierra o de paisaje sin fuego enemigo.

El amanecer del día 16 de noviembre es dramático. La *columna número uno* no tiene apenas comunicación con la retaguardia. Una pequeña embestida roja, y el aislamiento será completo. La *columna número tres* debe apresurar el tránsito hacia el Parque del Oeste; pero, ¿cómo? El Teniente Coronel Delgado Serrano aprieta a los suyos. Caen muchos. Las bajas son graves. Al anoecer están los supervivientes reunidos, agazapados en el Stadium. ¡Qué amarga situación! Sacando fuerzas de flaqueza, Asensio se ha lanzado a la conquista de la Escuela de Agrónomos y de la Casa Velázquez. El día 17 avanza hasta el Asilo de Santa Cristina y se apodera del Hospital Clínico. Delgado Serrano llega hasta el quiosco rústico del Parque del Oeste, entra en la Fundación del Amo y enarbola bandera de victoria en el Instituto de Higiene. En esos momentos, la *columna número dos* cruza el Manzanares. Las Brigadas Internacionales están ya, enteras y verdaderas, en el Paseo de Rosales, en las hondonadas del Parque, en la Dehesa de la Villa, en Puerta de Hierro, en el Palacete de la Moncloa, en las inmediaciones de Garabitas. Su contraataque tiene aires de tromba. Parece que aquellos centenares de soldados de Franco, que ni siquiera han tenido tiempo para abrir unas trincherrillas, van a quedar sumergidos bajo un alud. ¿Cómo resistirán, si son uno contra veinte? Aviación

roja, carros, ametralladoras, morteros, artillería de campaña, cañones de acompañamiento, emboscadas explosivas y una infantería fresca, incitada por las predicaciones del odio y por el afán de botín, atacan desde el Norte, el Este y el Oeste. Los Jefes que vigilan en la Ciudad Universitaria junto a sus tropas deben pensar: «¡Ha llegado para todos nosotros la última hora!»

La noche del día 17 es tremenda. Asensio recibe algún refuerzo. ¡Para defenderse mejor! Sí; pero atacando. No espera la iniciativa de las Brigadas Internacionales. Es él quien golpea hacia la izquierda y quiere conquistar el Palacete de la Moncloa, por donde le amenazan inmediatos peligros de estrangulamiento. El Palacete es legionario el día 19.

Cuando al General Duval, venido de Francia para visitar el frente de Madrid, le explicaban estas operaciones y le mostraron el frente de la Ciudad Universitaria, comentó, estupefacto:

—No comprendo absolutamente nada.

Supongo que sus acompañantes le contestarían:

—Tampoco lo comprendemos nosotros.

Ni el Teniente Coronel Asensio, ni el General Varela, ni nadie. Aquello no era cosa de razón, sino de corazón; no había que comprenderlo, sino sentirlo.

El día 18 de noviembre, las columnas de vanguardia en el flanco madrileño, sumaban, en total, 1.500 hombres. Varela no disponía de un solo soldado más para el asalto. Habló con el Generalísimo. La visión de Franco fué de una maravillosa lucidez. La operación de entrada directa quedó terminada.

Todo había sido cosa de prodigio. Pero faltaba el mayor milagro entre todos: permanecer. «No hemos llegado aquí para marcharnos—dijo Asensio a sus combatientes—, sino para conservar este trozo de tierra española sin ceder un centímetro cuadrado.» Los demás Tenientes Coroneles hicieron resonar idéntica voz. ¡Conservar lo conquistado! ¡Permanecer! ¡De qué manera! ¡Dónde estaban las fuerzas! Nadie lo podía decir, porque no existían. El día 20 de noviembre comenzó la increíble

hazaña de mantener la bandera nacional en el Clínico, en la Escuela de Agrónomos, en la Casa de Velázquez, en la Escuela de Arquitectura, en el Asilo de Santa Cristina, en el Instituto de Higiene, en la Fundación del Amo, en el Palacete de la Moncloa, en la ladera septentrional del Parque del Oeste. Las líneas enemigas apretaban el frente como un cingulo de hierro. Armas y ataques rojos en el Puente de los Franceses, en el Lago de la Casa de Campo, a derecha e izquierda de Garabitas, en las cercanías del Hipódromo, junto al Palacete, en la carretera de Puerta de Hierro, en las avanzadas del Clínico, en la Escuela de Odontología. ¡Ni un paso atrás! Toda la Ciudad Universitaria habría de ser, hasta el final de la guerra, una «curva de la muerte». Sobre los caminos cubiertos chasqueaban metálicamente las balas explosivas y reventaban los morterazos. ¡Qué drama! ¡Días de Asensio, jornadas inacabables de Ríos Capapé, héroe jubiloso de la Ciudad, acerado coraje de Fernández Virto y de Fernández Prieto, compañías de la Legión soterradas bajo los escombros después de las voladuras de las minas, soldaditos de los Batallones en gloriosa alerta, vigilancia de los Regulares, mirando al sesgo por aquellas troncerillas erizadas de balas!

Día tras día, los edificios de la Ciudad Universitaria se convertían en montones de cascote. Parecía que los símbolos de la Cultura perecían bajo los siniestros daños de la guerra. Pero aquello no era el perecer, amigos, sino el combatir para mejor resucitar al tercer año. De aquella imagen de muerte saldría la vida mejor de España, una vida con más bríos y con más ambición en las almas. El terrible asalto traería, al fin, la salvación de todo lo que nos importa y justifica nuestra existencia española.

Quien visitó el recinto de la Ciudad Universitaria en cualquiera de los momentos de la guerra española, no podrá echar de sí jamás una emoción incomparablemente más profunda y más bella que cuantas haya sentido en su vida. De aquella ciudadela de héroes se salía más que asombrado, más que enternecido.

cido, casi agostado en fuerza de haber asistido a insuperables expresiones de grandeza moral. No hay palmo de tierra en esa Ciudad que no merezca nuestra veneración, porque toda ella está regada de sangre de valientes, sangre de confesores y mártires de la fe de España, que sirve a la de Cristo. Rescatar esa tierra costó tanto, que ningún esfuerzo y sacrificio serán excesivos para conservarla en la plenitud de su dignidad, de su nobleza y de su victoria.